



La casa del corregidor

Dolores Benítez García

La casa del corregidor se ubica en la calle Alfonso VIII N°85 de la ciudad de Cuenca. Es un edificio majestuoso del siglo XVIII y que por tanto tiene mucha historia. Para mi sin embargo es mucho más que una casa histórica, es mi casa, el lugar donde me crie.

Cuando yo era apenas una niña, este edificio era compartido por varias familias entre las que se encontraban dos de mis tías paternas y mi abuela Angustias.

En aquella época, las familias eran numerosas y cuando venían las primas y primos de Madrid el portal de la casa era un hervidero de niños que, obviamente, no parábamos de corretear y de montar escándalo con nuestros chillos y risas. Recuerdo perfectamente el suelo, que al estar hecho en su mayor parte de madera, hacía que en nuestros juegos y correrías sonáramos como una tropilla de caballos desbocados.

Todo el edificio era una delicia para nosotros y si bien, no llegaba a ser un parque de atracciones, sí que nos daba mucho pero que mucho juego.

Cuando nos cansábamos de marear a Doña Fernanda, que era la señora más mayor del edificio, nos íbamos de expedición a una zona de la casa que conocíamos como «Los Espíritus». Esta parte, era un entramado de escaleras con travesaños de madera y yeso, buena parte del cual se le intuía que ya se había caído y donde se encontraban las celdas de la antigua cárcel que hubo en el edificio antes de ser reformado.

Para nuestra corta edad, ese lugar era un sitio tétrico a la par que peligroso y a nosotros, como buenos niños que éramos, nos encantaba.

Por supuesto, a los mayores no les gustaba tanto que anduviéramos por allí y claro, para nosotros el tener prohibido el acceso, convertía dicha prohibición en un acicate más que nos servía de llamada, nos lo hacía más atractivo, convirtiendo en irresistible el internarse en aquel inframundo de celdas y grilletes que aún resistían el paso del tiempo, de oscuridad y en franco deterioro.

Recuerdo que en un momento dado, a alguien se le ocurrió poner un candado en la puerta para que no pudiéramos pasar, pero no sirvió de nada.



Relatos. La casa del corregidor

Debo decir que aquel lugar se me ha quedado grabado en la memoria, revivido a través de los cuentos y leyendas que me contaban de pequeña.

Así, recuerdo que una de las fechas en las que en mi familia más nos juntábamos era para la celebración de la fiesta de Todos los Santos, llegando a reunirnos en esas ocasiones más niños en el edificio que los que actualmente se pueden encontrar en muchos de los colegios que aún continúan abiertos hoy en día en los pueblos de nuestra provincia.

Ese día la abuela nos llamaba y todos nos sentábamos a su alrededor pues sabíamos que nos iba a contar historias o leyendas de demonios, muertos o espíritus y de cómo antiguamente ellos vivían ese día.

Debo decir que mi leyenda preferida era la relacionada con la Ermita de La Virgen de las Angustias. Me encantaba escuchar como el demonio se convertía en una preciosa joven que engatusaba al pecador de turno y la parte cuando este descubría que en realidad era el diablo al ver sus patas de cabra.

Ese relato era mi preferido, pero tras el mismo llegaba el relato de Pata Palo, una historia no tan conocida y que por eso quiero traer aquí a estas líneas para que no se pierda.

Pata Palo, al que mi abuela ponía el título de pirata aunque Cuenca se encuentre a muchos kilómetros de cualquier costa, era un asesino despiadado y tal como decía mi abuela: «muy, muy malo, no tenía corazón. Era el mismo demonio».

Cuando por fin lo apresaron, lo encerraron en una de las celdas de los Espíritus. En su relato, mi abuela nos contaba que era en la primera nada más bajar a la derecha, la del fondo del todo, la más húmeda y oscura que había, indicándonos que era el mismo cuarto donde en aquellos años de mi niñez, mi padre guardaba la leña.

Todos tenían mucho miedo a Pata Palo y no se querían ni acercarse a él. La única que tenía valor, porque su bondad era tal que le hacía no tener miedo y ver al pirata como a un ser humano, era una joven monja de la que mi abuela nos decía no recordar su nombre, (que pena).

Esta monja sin nombre era la encargada de llevarle la comida al reo todos los días y pasarla a la celda ya que Pata Palo estaba sujeto con unos grilletes que se encontraban anclados a la pared y que nadie se atrevía a quitarle dada su naturaleza asesina.

Él, al ver la bondad de aquella mujer que le daba de comer sin miedo, sino más bien al contrario, con mucha compasión, poco a poco se enamoró de ella.

La abuela nos contaba que tal era la compasión que la hermana sentía por él que, aun sin tener que hacerlo, muchos días la monja colocaba una silla al lado del reo y mientras tejía medias de lana negra para el invierno, rezaba junto a él para pedir por la salvación de su alma mientras que él la observaba embelesado y en silencio.

Después de unos meses, a Pata Palo le comunicaron que lo iban a trasladar a otra cárcel, a la espera de que saliera su juicio y que ya no le harían esperar mucho más, pero que por alguna razón lo tenían que trasladar.

El pirata, al saber la noticia enloqueció, ya no podría estar nunca más junto a su amor, lo alejaban para siempre de la única persona que él había amado de verdad.

Ese mismo día, mientras que la monja rezaba a su lado, Pata Palo la llamo y con una argucia consiguió que ella se acercase y mirara por un pequeño ventanuco que había en la fría celda, momento que él aprovecho para quitarle una de las agujas de punto que llevaba la monja en las manos y con la que le atravesó la sien de un lado al otro.

La abuela nos contaba que en la pared de la celda estaba escrita (que ella lo había visto) con la sangre de la propia víctima la fecha y el porqué de semejante atrocidad. Al día siguiente de aquel sangriento asesinato, los jueces decidieron no trasladarlo y Pata Palo fue juzgado «in situ» y condenado a morir en la horca. Así, a las doce del mediodía su cuerpo colgaba junto con su pata de madera del arco Bezudo del antiguo Castillo. También nos decía que Pata Palo fue el último ajusticiado en la Noble ciudad de Cuenca y que su espíritu atormentado vagaba desde aquel día por las celdas de la cárcel de la Casa del Corregidor junto con las almas de otros delincuentes que allí perdieron la vida, tanto por las malas condiciones de la cárcel como por las palizas que recibían los presos y que por eso, a esa parte de la casa la empezaron a llamar desde entonces, de Los Espíritus.

Ni que decir tiene que seguimos bajando a jugar y a olismear cada rincón de Los Espíritus en busca de imaginarios secretos, por algo éramos tan solo niños.